



CLEO DE MERODE

# El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

REDAGGION Y ADMINISTRACION: VILLANUEVA, 17, MADRID

18-AGOSTO-1899

15 céntimos

**SALÓN BLEU**

31, ALCALÁ, 31

**ESPECTÁCULOS POR SECCIONES**

Couplets fin de siglo.—Canciones francesas.—Actualidad.—Bailes españoles.—Duetos.—Concierto.—Variedades.

Foyer de artistas.—Academia de baile.

DISPONIBLE

**"EL FUNERAL,,**

AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES

Fuencarral, 106. Teléfono 2.304.

Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso.

Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos.

DESPACHO PERMANENTE

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA

DE

**F. BATRES**

GLORIETA DE BILBAO, NUM. 5.—MADRID

Colores y barnices de las mejores fábricas nacionales y extranjeras.  
Depósito general de los célebres **POLVOS LAIS**, cuyo uso corrige todas las alteraciones de la piel, á la que comunica embriagador aroma.

—PRECIOS ECONÓMICOS—

**AMADOR, FOTOGRAFO**

PUERTA DEL SOL, 13.

Especialidad en ampliaciones y retratos de noche.

**Hay ascensor.**

DISPONIBLE

**FABIÁN MERINO**

ENCUADERNADOR

**Farmacia, 7.—Madrid.**

Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.

# EL ALBUM DE MADRID

18 DE AGOSTO DE 1899

## El ramo de azahar.

I

La verdad es que parecía un ángel. Aquellos ojos de un azul profundo; aquel cabello castaño, lo bastante claro para tener todos los reflejos del oro, y lo suficientemente oscuro para acentuar sus delicadas y correctas facciones, y, sobre todo, aquel tallo flexible como un junco, hacían de ella lo que se llama un modelo de perfecciones en lo físico.

En lo moral ya era otra cosa. Sus amigas la tachaban de coqueta; entre los no pocos hombres que habían puesto los ojos en ella, corría la voz de que era una mujer peligrosa, y no faltaba quien dijera que su afición al lujo y á las joyas era un abismo sin fondo, pronto á tragarse la más sólida fortuna.

Pero estas debían ser calumnias propaladas por la envidia porque aquel rostro no podía ocultar otra cosa que un alma tan pura como el azul del cielo. Sus diecinueve años y su educación de niña mimada disculpaban sus defectos.

El general lo había comprendido así. Como él decía, á sus cincuenta y dos inviernos bien conservados le convenía una situación de cuartel; y echando la llave á su vida de aventuras en la cual había interesado siempre su pingüe patrimonio y nunca su corazón, había concluido por enamorarse de Trini con algo de la pasión del amante y con mucho del protector cariño de un padre.

Trini había aceptado con orgullo aquel amor. Sentir sobre su brazo el recamo de los dos entorchados; llevar el mismo nombre que el héroe de tres campañas y más que nada sustituir al eterno landó de su madre los vistosos trenes con que el general halagaría su orgullo, cosas eran sobradas para no hacerla titubear.

La petición oficial se había hecho en toda regla; la pesada tramitación se había abreviado todo lo posible; los regalos se habían comprado y ya no faltaban más que los últimos detalles. Antes de una semana Trini habría concluido esa carrera para la que no hay doncella que no se sienta con vocación.

II

La primer cosa que el general se había conservado con particular empeño era el encargo del vestido de boda de su prometida. Indudablemente quería que fuese una obra maestra y Trini, que conocía aquel deseo, le esperaba con la impaciencia con que espera el niño el juguete prometido.

Por fin el traje llegó. Era, con efecto, una maravilla de riqueza y de buen gusto, en el que no se sabía que admirar más si la profusión y el coste de los encajes de Malinas y Chantilly ó lo atrevido del corte y lo nuevo del adorno.

Trini al verlo sintió un verdadero desvanecimiento. Todo cuanto de fantástico se había imaginado en sus ensueños resultaba pálido ante la realidad. Su poderosa imaginación no había podido llegar tan lejos como la del artista.

Una duda, sin embargo, la asaltó de pronto. ¿Interpretaría el raso con toda exactitud la incopiabile flexibilidad de su tallo? ¿No desvirtuarían en nada aquellas suaves ondas de espuma la pureza de sus líneas?

Quedar más tiempo en la incertidumbre era morir. No pudo resistir á la tentación y con los nerviosos movimientos de ave acosada, que le eran peculiares, asíó la caja y se encerró en su tocador con su doncella.

Un cuarto de hora después salía del inaccesible santuario recordando aquel verso del poeta florentino:

*Creatura bella bianco vestita*

Para tener completa semejanza con esos ángeles adultos que se ven en los cuadros místicos no le faltaban más que las alas. Hasta el círculo de impalpable luz que rodea aquellas figuras parecía desprenderse de la immaculada nitidez del raso, combinada con el ligero color de hueso de los encajes.

El vestido no hacía la más ligera arruga. Trini al verse fielmente copiada en la dilatada luna del espejo, quedó satisfecha de dos cosas: la primera, de su hermosura; la segunda, de aquella obra magistral de sastrería.

En su inmensa satisfacción no echó de menos ningún detalle.

El general que la contemplaba con religioso arrobamiento, sabiendo al fin de su éxtasis, la preguntó:

—¿No nota usted una falta?

—Ninguna—se apresuró á decir la niña.

—Y sin embargo la hay—prosiguió el veterano.—¿No vé usted ahí, sobre su corazón una presilla?

—¡Ah, sí!—respondió Trini.

El general sacó de uno de sus bolsillos un estuche que presentó abierto á la futura desposada. Sobre su forro de terciopelo azul se destacaba un diminuto ramo de azahar sujeto por un broche de brillantes.

Trini colocó apresuradamente aquel trofeo de su pureza sobre su pecho; pero sea que la presilla fuese un poco grande ó que el alfiler que sujetaba el broche estuviera montado con demasiado atrevimiento, el ramo de azahar cabeceó.

—Se va á caer—murmuró llevándose la mano al pecho.

—No hay cuidado—contestó el general dirigiendo una maliciosa sonrisa á la madre de la Trini.—Tengo completa seguridad en su solidez.

La niña hizo un ligero gesto de duda, pero no insistió más.

De allí á media hora Trini, despojada de sus galas, volvía al lado del que muy en breve había de ser su esposo.

### III

La fiesta había sido espléndida. La capilla del hotel que estrenaban los recién casados había parecido un ascua de oro. Un obispo había echado las bendiciones sobre los conyuges y un delicado refresco había puesto término á las enojosas expansiones de un centenar de convidados.

Para que no faltara nada, hasta el ayudante del general que había servido de testigo en la boda, lucía por vez primera las insignias del nuevo grado que el influjo del general le había pro-

porcionado. De este modo contestaba el afortunado esposo á la maledicencia que se obstinaba en ver en el joven y apuesto capitán, uno de los más rendidos adoradores de Trini.

La proximidad á la hora en que el tren debía conducir á los recién casados, primero á la frontera y luego á Trouville, había iniciado la dispersión general. Apenas quedaba ya algún extraño á la casa. La misma Trini que en todo el día había tenido otra preocupación que cerciorarse de que el ramo de azahar estaba en su sitio, había ido á sus habitaciones á cambiar el traje de boda por el de marcha.

Cuando el general se vió solo sintió una de esas impaciencias que sólo los niños y los viejos no pueden dominar. Se convenció de que nadie podía verle, y recatando el paso, como el que va á cometer una mala acción, se dirigió á la habitación de su mujer.

La puerta estaba entreabierta. Sólo una espesa cortina le separaba del tesoro de que la iglesia acababa de hacerle dueño.

Ya iba á levantarla cuando de repente se detuvo. Trini no estaba sola. Al murmullo de su voz tímida y asustada se mezclaba la de un hombre. El general oyó clara y distintamente estas palabras:

—En el nombre seré de él; en la realidad tuya sólo.

Después se escuchó un doble beso.

El general, ébrio de furor, descorrió la cortina y penetró en la estancia.

Trini al verle se escapó de los brazos del ayudante.

Un segundo después sonó un tiro, y el general, con un revolver en la mano salió pálido, pero con seguros pasos de aquel lugar manchado de sangre.

La primer persona que encontró en su camino fué la madre de la que poco antes le había entregado su mano ante el altar.

—¿Qué es lo que sucede?—preguntó la anciana en el colmo de la ansiedad.

—Nada—respondió el general con fría calma.—Que tenía razón Trini; el ramo de azahar estaba á punto de caerse y yo lo he sujetado.

Con efecto: la bala, al buscar el corazón de la víctima, había penetrado á través de las diminutas hojas del ramo de azahar.

ANGEL R. CHAVES



MLE. REGINA



## EDUARDO DATO

Abogado eminente, orador notabilísimo, hombre de mundo, ministro: he ahí en dos líneas la silueta del personaje que desempeña la cartera de Gobernación.

Para los periodistas representa á la Providencia, porque es el único ministro que les facilita la ruda tarea de la información diaria.

Y los periodistas le quieren con verdadero cariño; todos son ministeriales de Dato.

Su conversación amenísima, su carácter bondadoso, su afabilidad constante, le conquistan enseguida todas las simpatías.

Bien puede hacer mangas y capirotos electorales y concitar iras y desengaños. Al llegar á él los preteridos y derrotados dispuestos á plantearle un conflicto, quedan desarmados con una sonrisa, un afectuoso apretón de manos, un golpecito cariñoso en el hombro ó alguna frase de esperanza.

Su paciencia para sufrir á los miles de pretendientes es inagotable.

Días pasados le decía yo:

—¿Conque este verano han salido de Madrid por el Norte cincuenta mil viajeros?

—Debe ser cierto; pero creo que llegan á Pozuelo y regresan para venir á pedirme algo, pues todo el día tengo lleno el ministerio.—B.

## CLEO DE MERODE

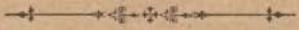
La famosa *divette* francesa, cuyos naturales encantos y sus singulares dotes artísticos en ese género ligero y picante que tanta boga alcanza ahora en Madrid, le han dado universal renombre, tiene una biografía interesante, mitad realidad, mitad leyenda.

Viviendo en los centros donde reina la alegría voluptuosa y donde imperan los amores fáciles, la de Merode es una virtud salvaje. Cuentan que á sus pies se han postrado príncipes y archimillonarios que le han ofrecido, á cambio de un poco de amor, verdaderos tesoros y que la *divette* los ha rechazado con supremo desdén.

Naturaleza delicada y exquisita, salen de sus labios las canciones atrevidas, los *calombourgs* obscenos, sin dejar una mancha en su alma.

Las mujeres han descubierto ó inventado que Cleo de Merode resucitó el antiguo peinado de cocas para ocultar un grave defecto que tiene en una oreja. Los periódicos de París destacaron á sus mejores reporters para averiguar lo que hubiera en ello de cierto y todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. La artista se peina sola.

Y además, hasta la fecha, no ha enseñado á nadie la oreja.





EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO IRADIER



## La tragedia de un noticiero

El caso fué horrible y espantoso... Una de esas heridas brutales que no manan sangre ni hacen necesaria la asistencia facultativa... Una de esas horribles tragedias que no salen á la superficie y pasan inadvertidas entre el ruido constante de la vida...

Se llamaba Juan López, había estudiado penosamente una breve carrera y empezaba á trabajar en la prensa. La prensa, *la palanca del progreso*, ha sido siempre el ideal anhelado por todo el joven que se siente con fuerzas para la lucha, y que se cree, además, escritor del porvenir. Juan López estaba también en este caso. ¡Lo que él había soñado con el periódico! La fiebre del trabajo diario, la crítica enérgica de los actos del Ministerio, la actitud del hombre público que se comenta con cuatro *chirigotas*, los sucesos del día referidos con ingenio, todo esto que él adivinaba á través de las sendas columnas de prosa del periódico que recibía, y además lo corriente de la vida del periodista: el teatro gratis, el concierto gratis, el banquete gratis; todo gratis! y entrada en todas partes entre sonrisas y apretones de manos; la palmita en el hombro del personaje de moda; el secreto de todo; mil historias y pormenores... ¡Nada, nada; necesitaba ser periodista! ¡Y lo fué! Un tío suyo, persona bien relacionada, recomendóle con eficacia al Director de *El Batallador*, diario de la mañana, no muy popular, pero algo estimado en el gremio. El Director le recibió atentamente; le pronunció un discurso acerca de los peligros y ventajas de la profesión, le dijo que quedaba admitido como

meritorio, es decir, sin sueldo, y le presentó á los compañeros.— «El redactor jefe, el Sr. Tal, el Sr. Cual... todos los redactores.» Juan López fué encargado, desde luego, de la sección de noticias. «Hay que empezar por esto», le dijeron, y él que tenía por el periodismo afición verdadera, aunque esta sección no entraba en el capítulo de sus cariños, se dedicó á cultivarla con ardor, manejando diestramente la tijera, *nuestra querida compañera de redacción*, como la llamaba el redactor que hacía las agudezas del periódico.

Había otra razón que animaba á Juan López al trabajo, lanzándole á la conquista del porvenir. ¡Estaba enamorado, brutalmente enamorado! y ¡oh dolor! no correspondido.

Su amada, una muchacha guapa, le había dicho:

—Juan, mis padres se oponen á nuestros amores porque dicen que eres un *pelagatos* y no puedes ofrecermé nada... Trabaja, sé algo y hablaremos...

Y ante esta risueña esperanza, amargada, sin embargo, por la frialdad de una sentencia aterradora, López quiso ser algo y conquistarse un puesto en la *candente arena del periodismo*. Pero el puesto no llegaba nunca y él, amarrado á su sección de noticias, veía pasar el tiempo, gastar sus fuerzas, disminuir sus energías y alejarse más y más aquel porvenir que pensaba ofrecer á la dueña de su corazón.

No la volvió á ver desde aquella entrevista dolorosa... Allí quedaba ella entregada á su familia, dentro del castillo, mientras él marchaba á la batalla... Luchas, trabajos, sufrimientos; pero ¡qué importa! Todo esto tendría su recompensa, y nada comparable a)

momento solemne en que, ganado el ansiado rastrillo, pudiera decirle «esto es lo que he conquistado», para escuchar de aquellos amantes labios el cumplimiento de la promesa:

—«Esta es mi mano».

Pero ¿y si no esperaba? ¿Y si él no volvía nunca ó volvía vencido de la batalla? Esta idea le aterraba y cada vez que se le aparecía, sentía más ardor en el trabajo; pero ¡nadal! ¡no salía de hacer noticias!

Y hé aquí cómo terminaron todos aquellos nobles sueños del pobre Juan López, con la más espantosa de las tragedias.

El señor Director de *El Batallador* abría su correspondencia... De todas aquellas cartas de correligionarios ó suscriptores en su mayoría, sólo una llamó su atención. Era una esquelita perfumada y elegante en que un amigo le participaba *su efectuado enlace*.

El señor Director llamó á López.

—Dé usted esta noticia, diciendo lo acostumbrado en estos casos—y le alargó la carta.

—¡No!.. ¡mentira!—gritó López con gran asombro de sus compañeros...

Acababa de leer con sus propios ojos que *ella*, la mujer amada, por la cual amaba y sufría, acababa de casarse. ¡Sí, no había duda! Su nombre, sus apellidos... ¡Era ella!

Y ¡oh sarcasmo inaudito de la suerte! El mismo Juan López, sentado ante la mesa de trabajo, mirando las blancas cuartillas á través de gruesos lagrimones que sin querer se escapaban de sus ojos, daba la noticia diciendo *lo acostumbrado en estos casos*:

«Deseamos á los recién casados una eterna luna de miel...»

ANTONIO PALOMERO

(Del notable libro *Trabajos forzados*.)

## (Fragmento)

.....  
En mi estrecho aposento  
de pobre y tranquilo hogar  
y al tímido vacilar  
de fuego espirando lento,  
se ve confusa una cuna,  
en su fondo un tierno ser  
y á su lado una mujer  
horas contando una á una.  
El niño en sueños se embriaga;

la mujer calla y vigila;  
el péndulo exacto oscila;  
el fuego triste se apaga,  
y á su luz que culebrea  
moribundo, y en lugar  
de las sombras ahuyentar  
horribles fantasmas crea,  
forja peliños sin cuento  
la mujer firme en cuidados  
que el temor centuplicados  
mira con ojos de aumento.  
Y el fuego en su convulsión,  
el silencio y soledad,

la indecisa oscuridad  
y el acompasado son  
del aeloj que se desliza  
con pausada lentitud  
dan aumento á la inquietud  
que tenaz la martiriza.  
Nada su desvelo calma  
ni ya el rezo paz le presta  
porque es madre y tiene puesta  
en aquel ser toda el alma.

.....  
.....  
J. C.



MILIE. AUBER



M.LL.E. VERENA

## EL GORRIÓN

¡Pobré vecinita!.. Todas las tardes cuando el sol poniente refleja sus amarillos rayos en los cristales de la alta ventana, allí está ella contemplando con melancolía el espacio que se extiende dilatado ante sus ojos azules. Su mirada vaga, penetra en el infinito con interrogaciones misteriosas, y su rostro animase á veces con sonrisas fugaces, que al desaparecer, dejan un tinte de tristeza en el óvalo perfecto de su cara de virgen...

Después, Anita lanza una mirada larga, intensa, sombría por el horizonte, y dejando caer las lágrimas desaparece en el fondo oscuro de la ventana.

El corazón de aquel ángel había sido taladrado por el primer desengaño... De ahí su hondo desconsuelo.

Era una historia sencilla, un idilio trocado en drama real; pero no en uno de esos dramas que surgen en los combates de la vida y en los cuales los combatientes pierden la existencia, sino en uno de esos dramas donde se agostan las ilusiones del alma para trocarse en hojas secas que impulsa por los desiertos del sentimiento la brisa de los desencantos prematuros.

Una tarde de Julio encontrábase Anita sentada junto á la ventana de aquel piso cuarto, desde el cual gozaba del dilatado azul que se perdía allá lejos, muy lejos, á distancia incalculable, cortado por altos campanarios de pizarrosas cúpulas ó agudas torrecillas, cuyas veletas parecían flechas disparadas sobre las aves que hendían el espacio. ¿Soñaba? ¿Quién sabe! En la noche de la desgracia los sueños son horribles pesadillas.

En aquel instante sintió rumor de alas que batían ligeras y oyó píar dulcemente con suavidad de ruego. Era un pájaro que acababa de detenerse sobre el alfeizar de la ventana, un lindo gorrión, que saltando y moviendo su cabecita á diestro y siniestro con monerías de coqueta festejada, pedía en expresivo lenguaje algo que saciara su eterno apetito.

La niña se levantó, hizo acopio de migajas, y allí, sobre su mano el pajarillo satisfizo sus ansias, dejándose acariciar y replicando con píos de alegría á las frases cariñosas que recibiera... Después se fué. La jóven le vió remontarse y perderse en una desigualdad de los tejados... Y aquella noche Anita sólo pensó en el pájaro.

Al día siguiente, á la misma hora, volvió el gorrión á la ventana de Anita, quien al verlo corrió presurosa á servirle en su mano la solicitada merienda. El pajarito demostrábale su gratitud subiéndole sobre sus hombros picoteándola suavemente las rosas de sus mejillas, emitiendo notas entrecortadas como el lenguaje del campesino. Luego, cansado de jugar, desapareció en la misma dirección.

En lo sucesivo, cual amante apasionado, siempre acudió puntual á la cita, y el gorrión y la niña fueron los mejores camaradas del mundo. Algunas veces ella llevábale sobre su pecho como un broche que lo aprisionara, y otras colocábase el pájaro en su cabeza como adorno viviente.

Medio año transcurrió desde entonces, y una tarde tibia de Enero en que, como de costumbre, acudió el pájaro á la ventana, hallóla cerrada. Breves instantes permaneció mirando á los cristales, y al ver que no le abrían impacientóse y cansado de píar golpeólos con el pico. Entonces advirtió Anita la presencia de su amigo y abriendo la ventana acaricióle con tristeza exclamando:

—¡Pobrecillo! ¡Hoy si que nada puedo dartel

El pajarillo mostraba su extrañeza mirándola y remirándola sin cesar, lanzando de vez en cuando píos que parecían indicarla:

—¡Tengo hambre!

La niña lo comprendió al punto; pero en aquella casa habíase estacionado el frío de la miseria. En ella carecían hasta de las migajas del pan para el pajarito.

Anita le contemplaba y no pudiendo resistir la profunda pena que sentía rompió en sollozos, diciendo:

—¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!

Y el gorrión piando parecía replicar:

—¡Tengo hambre!

Y después:

—Dame pan.

Esta lucha de las dos desventuras, unidas en aquel marco aluminado por los débiles rayos del sol poniente, se prolongaba martirizadora, cruenta, con agonías mortales.

El pájaro emitió una postrer piada y después huyó rápido de aquel asilo del dolor.

La joven le vió perderse á lo lejos, con la mirada incierta, fija en un punto del vacío. Luego, cerrando las hojas de cristales, balbucó:

—¿Volverá?.. ¡Es posible!

Los gorriones alados, á semejanza de los gorriones sin alas, tienen el instinto de la desgracia. Su intuición es portentosa. Unos y otros desaparecen en cuanto se agotan las migajas que una mano liberal ó compasiva ofrece á su famélico estómago.

Por eso el mimado pajarillo no volvió... Acaso temía conta-

giarse al ver á la niña, triste, interrogando con los ojos húmedos por el llanto á las aves que cortaban el aire en vertiginoso vuelo.

Ella, sin embargo, esperaba. Todas las tardes recibía allí el último beso del astro del día que reflejaba sus mortecinos esplendores en los cristales de la alta ventana.

Después retirábase exclamando:

—¡Un día más y no viene!

Y al siguiente, animada por consoladora esperanza, Anita volvía á aquel sitio emergiendo como flor del ideal de entre las matas secas de los tiestos que bordeaban la ventana.

Hasta que, cansada de esperar en vano, dió el último adiós al pajarito diciendo:

—¡Ingrato!.. ¡Ingrato!.. ¡Me has hecho padecer mucho al arrancarme la primera ilusión!

R. HERNÁNDEZ BERMUDEZ.

## LA MUJER

Si al mirarla sin pasión  
sólo admiro su belleza,  
y hago á la vez abstracción  
de que en ella hay corazón  
y de que en ella hay pureza;  
si sólo por el placer,  
con una ilusión fingida  
logro al fin satisfacer  
mi deseo... ¡la mujer  
es la gloria de la vida!

Mas si á mi alma apasionada  
amor más puro precisa,  
pues la dejó enamorada  
la expresión de una sonrisa  
ó el fuego de una mirada,  
si palpitante de amor,  
con pasión pura, vehemente,  
sólo admiro su candor  
y su virtud... francamente,  
¡es el martirio mayor!

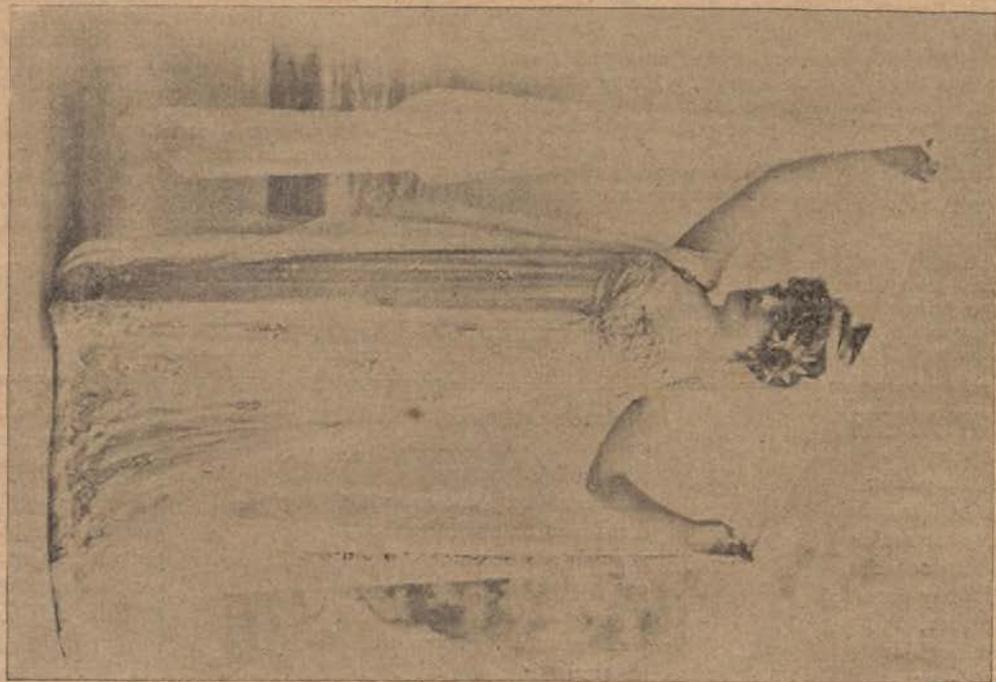
Al tratar á la mujer  
bajo uno y otro concepto,

ignoro cuál podrá ser  
el que por mejor acepto:  
si gozar ó padecer.

Y si por igual motivo  
*gloria y martirio se alcanza*  
por una mujer... ¡Concibo  
que ha de ceder la balanza  
del lado más positivo!

JOSÉ LABASTIDA TORRES.

MILLE, DEMAYS





## HUMORADAS

Todos lo han conocido,  
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

Se hace también, merced á la conciencia,  
en los lechos de pluma, penitencia.

Al pedirme la luna muchas bellas,  
yo les dí el sol, la luna y las estrellas.

Ya tanto tu virtud exteriorizas,  
que á fuerza de pudor escandalizas.

¡Cuanto desventurado  
hay, que cree conquistar y es conquistado!

¡Cuán feliz es el que oye eternamente  
el mismo ruido de la misma fuente!

Feliz tú que tan sólo has disfrutado  
la embriaguez de lo real en lo soñado.

Hay mujer que se juzga tan despierta,  
que siempre piensa el mal y nunca acierta.

CAMPOAMOR.



## EL TORERO

Oprimido el corazón  
por fatal presentimiento  
ve que ha llegado el momento  
de cumplir con su misión.  
Marcha sin preocupación  
y tranquilo al parecer,  
mas la puerta al trasponer  
queda por dos brazos preso  
y sella con puro beso  
la frente de una mujer.

En un cuarto solitario  
se ve una mujer postrada  
ante la imagen sagrada  
de la virgen del Rosario.  
Recuerda el santo Calvario  
con amargura cruel  
Y evoca al Dios de Israel  
con un fervor verdadero.  
¡Es la madre del torero  
que está rezando por él.

Suenan clarín y timbal  
en la plaza, que rebosa  
de una multitud ansiosa  
de la fiesta nacional.

Clamoreo general  
anuncia al fin la corrida  
y á un toro se da salida  
bravo, arrogante y bien puesto  
que sale al circo dispuesto  
á vender cara su vida.

De pronto, el eco resuena  
de un ¡ay! general que espanta;  
la víctima se levanta,  
vacila y cae en la arena.  
Con la faz de sangre llena  
y la angustia en el semblante  
lo retiran expirante.  
¡Contraste que el pelo eriza!  
Mientras un hombre agoniza  
la fiesta sigue adelante.

Y en el cuarto solitario  
la madre sigue postrada  
ante la imagen sagrada  
de la virgen del Rosario.  
Con afán extraordinario  
que lágrimas lleva en pos  
piensa en el último «adiós»  
que en la mente tiene fijo  
y ora porque viva el hijo  
que ha entregado su alma á Dios.

ALFREDO RIVERA.

## NIEVE

Como lluvia de plumas de cisne  
van cayendo los copos helados  
indecisos, continuos y leves  
revoloteando.

Ya del cierzo las alas los baten  
y les hacen cruzar el espacio  
como cruzan las almas la vida,  
con rumbos contrarios  
en pos de la idea  
sin centro girando;  
ya los dejan caer en las ramas  
de los sauces lánguidos,  
que esmaltados de blanco parecen  
cabezas de anciano.

Hijos de las nubes  
en vapor por el frío enjendrados  
que vinieron al mundo en la altura  
y mueren llorando,  
ellos son de mi amor compañeros,  
de tu olvido, mujer, son hermanos.

Yo ví á unos caer en las rocas  
y fueron formando  
cual puntos del lienzo  
tupido sudario.

A otros ví descender hacia el fuego  
y al sufrir del calor el contacto  
fundieronse breves,  
ni tocar á las llamas lograron.

Así han ido cayendo del tiempo  
en tu alma los copos helados.  
Tu la tienes de piedra y sumándose  
han hecho el sudario;  
mientras yo que la tengo de fuego  
por tu pérfido amor avivado  
voy fundiendo los copos que caen...  
en gotas de llanto.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

## LA CONFESIÓN

CUENTO JONDO

Confesando una monja muy vieja  
muy pobre y muy santa,  
con un cura muy calvo, muy gordo,  
muy listo y muy máula.

—De un escrúpulo, padre, me acuso,  
le dijo turbada,  
que en el coro, en la celda, en el huerto,  
me acosa y me alarma.

Disponiéndose el padre á una siesta,  
respondióla:—¡Vaya!  
Eche á un lado el escrúpulo, y diga  
pecados y faltas.

—De ninguno jamás he sentido  
el peso en el alma.

—Pues entonces ¿cual es el escrúpulo  
que así la acobarda?

—Es... que voy á cumplir los setenta  
pasado mañana,  
y no cambio de humor, y me río  
¡como una muchacha!

¡Madre! Sólo tu imágen querida  
recuerdo entre lágrimas;  
lo demás aunque serio parece...  
¡qué risas me arranca!

MANUEL DEL PALACIO

## LA PASIÓN DE LAS PASIONES

(LOS CELOS)

Es híbrido que nace fecundando  
el amor con la rabia y con la ira;  
mezcla informe y brutal, que á unir aspira  
dulce congoja con placer nefando.

Es un odio mortal, que surge amando,  
y en contra de la calma, audaz conspira;  
es ilusión cruel, que ardiente inspira  
ansia terrible de morir matando.

Es insoluble, abrumador problema;  
es sensación fatal, que sólo entiende  
quien probó su ponzoña maldecida,  
y bien puede encerrarse en un dilema:  
duda tenaz que la calumnia enciende,  
ó exceso de pasión no comprendida.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA



## A ELLA

Desde que ví tu angelical belleza  
no se aparta de tí mi pensamiento,  
y te adoro, morena de mi vida,  
con un amor que me destroza el pecho.

Por esos ojos que al mirar abrasan,  
por esos rizos de tu lindo pelo,  
por esos labios que al hablar parecen  
hojas de rosa que acaricia el viento,  
diera del mundo lo que más ansío:  
mi ventura, mi amor y mi consuelo,  
y si muerto supiera que me amabas  
me muriera una vez cada momento.

Quiéreme, vida mía, no desdeñes  
mi ardorosa pasión, calma mi anhelo,  
que una sola sonrisa es lo que pido,  
que una sola mirada es lo que quiero.

ARTURO G. CARRAFFA.

Valladolid 6 de Agosto de 1890.

## CANTARES

El otro día me han dicho  
que las lágrimas son perlas;  
¡ay! qué rico voy á ser,  
cuando mi madre se muera.

Creyendo que tú saldrías  
te fui á cantar á la reja,  
mas quien salió fué tu madre,  
que me llamó sinvergüenza.

En la tumba de mi madre  
puse un clavel y una lágrima;  
hoy el clavel está seco  
y hay en la losa una mancha.

Entrar en el cementerio  
es lo que á mí más me aterra,  
desde que se encuentra allí  
la pícara de mi suegra.

A. G. C.

No es la mejor hermosura  
la de la cara y el cuerpo,  
que la belleza del alma,  
vale más, y abunda menos.

Las nubes al derrumbarse,  
dan á los torrentes agua:  
¡nube es el dolor que surte  
el torrente de las lágrimas!

Yo digo al ver que en sus coplas  
todos cantan á su madre,  
que un ser de tanta grandeza,  
en cuatro versos, no cabe.

Parecen ser los suspiros  
cuando ensanchan nuestro pecho,  
válvulas por donde escapa  
parte del dolor que hay dentro.

A. M. O.



## EPIGRAMAS

—Este vino está picado.  
—¿Pero, lo ha probado usted?  
—Porque dos copas tomé,  
lo he probado y *re-probado*.

Como sin destino está  
y el vicio de jugar tiene  
de casa al círculo va,  
del círculo á casa viene,  
al círculo vuelve á ir  
para jugar afanoso...  
y es que no sabe salir  
de ese círculo vicioso.

Los dientes nada bonitos  
de un señor, son tan salientes,  
que, para hablar *entre dientes*,  
necesita hablar á gritos.

Un hombre borracho, y yo,  
anoche hablamos así:  
Voy *derecho* por aquí  
á casa...—*Derecho*, no.

Fué á un comercio conocido  
hace poco un caballero,  
y en débito bien crecido  
se obligó con el tendero.

A éste han dicho por ahí,  
de aquél, que se encuentra loco,  
que no da cuenta de sí...  
ni de las *cuentas* tampoco.

Ha dado cierto abogado  
que una causa defendía,  
al juez que la juzgaría  
una tabla que ha pintado.

Siempre, cuantas veces habla,  
pierde, porque se atortola...  
acaso por *carambola*  
gane esta vez, *por la tabla*.

Su par de botas, un día,  
llevó una chica á empeñar,  
por eso el novio decía  
que es una chica *sin par*

En imprenta renombrada  
dos autores de valía  
van á imprimir una guía  
para ciegos, ilustrada.

Y aunque acaso lograrán  
un éxito que no niego,  
francamente para un ciego  
la mejor guía es un can.

José M. SOLIS Y MONTORO.

Las fotografías de artistas que publicamos en el presente número nos han sido facilitadas por la casa Hagens y Acosta, de Madrid.

## AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

**Alcalá de Henares.**—Julián Lobo.

**Alcoy.**—Miguel Escobedo.

**Ávila.**—Bruno Sancho.

**Cuevas (Almería).**—Pedro Pérez.

**Granada.**—Gabriel Jáuregui.

**Sevilla.**—R. Morilla.

(Se continuará.)

Se admiten anuncios en esta Administración á precios convencionales.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID  
VILLANUEVA, 17